

Todos somos emigrantes... ¡y de muchos colores!

De una conversación entre amigos que rondan los cuarenta:

“- No sé por qué pero, cuando yo era pequeño, de los tres Reyes Magos, el que más me atraía era Baltasar. Creo que el color negro de su piel hacía que destacase más su amplia sonrisa. Siempre me ha gustado la gente que sonrío y Baltasar sonreía todo el tiempo. Con los años me enteré que era de África y que en África la mayor parte de la gente era negra.

- Es verdad, también fue mi rey favorito. No veas la cara de sorpresa que se me puso un día – tendría yo 7 u 8 años- cuando, caminando por el casco antiguo de mi ciudad cogida de la mano de mi madre, vi por primera vez en mi vida una persona de raza negra “de las de verdad”. Sabía que no era Baltasar porque la Navidad ya había pasado y, además, iba vestido con pantalones vaqueros. Me quedé atónita!. Él también se fijó en mí y, curiosamente, no dejó de sonreírme. Yo creo que se dio cuenta de mi estado de estupefacción. Estuve observándole hasta que –doblando por una esquina- lo perdí de vista. Mi madre me dijo que, seguramente, era un inmigrante que había venido a nuestra tierra para buscar un futuro mejor para él y su familia, “como tu abuelo Manuel – añadió- que se fue de pastor a Estados Unidos”.

- Ah... tu abuelo Manuel, sí que lo recuerdo!. Qué cosas más asombrosas nos contaba cuando éramos pequeños!. Recuerdo que nos hablaba de la inmensidad del desierto de Nevada, de las tormentas, de las enormes serpientes... ¿Pues sabes que mis padres también emigraron?. No se fueron tan lejos como tu abuelo pero tuvieron que salir del pueblo. El trabajo en el campo no daba para todos y tuvieron que lanzarse, casi con lo puesto, en busca de un futuro más prometedor en la ciudad. Tiene que ser duro dejar todo, alejarse de la familia, de tus raíces...¿verdad?.

- Pues sí, y además ahora no se lo ponen nada fácil a la gente que viene aquí. Menos mal que hay personas comprensivas que son conscientes de que a todas las familias nos ha tocado emigrar en algún momento de nuestra historia. Por eso podemos decir que todos somos emigrantes.

- Tienes razón!. Por cierto, ¿qué tal están tus hijas, las mellizas?

- Pues bastante bien, gracias!. Los que no estamos tan bien somos nosotros que no podemos dormir todo lo que nos gustaría!. ¡Cómo nos ha cambiado la vida con estas dos pequeñajas!. Quienes sí están plétóricos son las abuelas y los abuelos. Desde que les dijimos que íbamos a adoptar a dos niñas morenitas están que se salen. No hacen mas que presumir delante de sus amistades y vecinos. ¡Quién les iba a decir a ellos que iban a tener unas nietas de una raza y color distinto al suyo!. Bueno... y a mí misma hace unos años!.

- Está claro que las cosas están cambiando. Mi vecino, Abú de Senegal se ríe a carcajadas cuando le digo que mi hijo cree que es el rey Baltasar. Decías antes que todos somos emigrantes, pero yo creo además, que todos estamos hechos de muchos colores. ¿No te parece?.

-Pues sí: blancos, negros, amarillos..., qué más da!. Además, cuantos más colores mejor!. ¿Te imaginas el arco iris sólo de un color?!”.

“¿Salud y desarrollo para todos en el año 2015?”

“Con tu puedo y con mi quiero, vamos juntos compañero”
(Mario Benedetti)

Hay un momento en la vida en el que las personas tomamos conciencia de la fragilidad de la naturaleza humana, de nuestra vulnerabilidad. Una cantidad enorme de factores influyen en nuestra existencia no pudiendo, en muchas ocasiones, ejercer sobre ellos ningún control. Experiencias personales de dolor, enfermedad, sentimiento de fracaso, incumplimiento de expectativas..., figuran en todas las biografías humanas.

Posiblemente sea ése uno de los motivos por el que, a partir de ese momento vital, mostramos mayor tendencia a querer asegurar nuestro futuro y, también, el de nuestros seres queridos. Nos dan miedo la incertidumbre, lo imprevisible, la sensación de no controlar el devenir. Sentimos vértigo y zozobramos ante aquellos acontecimientos inesperados que embisten a nuestros proyectos vitales. No es, desde luego, una sensación agradable.

Siendo esto así, me pregunto con frecuencia cómo se sentirán aquellas personas cuyo horizonte vital está limitado a lo más inmediato, a la lucha cotidiana por lo más básico. Lograr aquello que pueda permitirles subsistir un día más se convierte en el centro de la vida de millones de seres humanos. El nuevo día comienza con esa única ambición. Mientras para la mayoría de personas en el Norte la preocupación existencial es asegurar el futuro, en el Sur el destino de las personas, de las familias y de las generaciones futuras, se decide en la incertidumbre del presente.

Pero, hay una buena noticia: ¡esa situación se puede cambiar!. El año 2015 se está convirtiendo en una fecha referencial en todo el mundo. Hace solamente 5 años, Naciones Unidas propuso un reto a través de los llamados Objetivos de Desarrollo de Milenio. Reducir el hambre y la pobreza a la mitad para el 2015, figura entre ellos. Para conseguirlo, 189 gobiernos se posicionaron a favor de incrementar la ayuda oficial al desarrollo, cancelar o reconvertir la deuda externa y, también, operar cambios en las normas del comercio internacional para facilitar la entrada en el mercado, en condiciones más justas, de los países más desfavorecidos.

Además, un gran número de organizaciones sociales, ONGD y movimientos ciudadanos se están movilizando en los cinco continentes con el fin de que el mayor número posible de personas nos concienciamos sobre esta realidad y exijamos que los compromisos gubernamentales adquiridos no se queden en papel mojado ⁽¹⁾. ¡Somos la primera generación en la historia de la Humanidad que está en condiciones de suprimir la pobreza extrema en el mundo!. ¡No podemos dejar escapar esta oportunidad!.

¹ Campaña Pobreza Cero. Coordinadora Estatal de ONGD. www.pobrezacero.org

Entonces, ¿qué nos falta por hacer?. El compromiso solidario es la respuesta. La solidaridad nos une en nuestros miedos y en nuestras esperanzas comunes. La solidaridad nos hace sentir que formamos parte de la familia humana universal. Desde el momento en que percibimos ese sentimiento, lo que le ocurre a mi prójimo también me interesa a mí. Si ya hemos experimentado lo que supone la incertidumbre y la inseguridad por el futuro, estaremos más cerca de comprender la situación de millones de seres humanos que sienten a diario el vértigo por sobrevivir.

El reto del 2015 ha comenzado ya. Todas las voces son necesarias para propagar este clamor: ¡es necesario que la salud y el desarrollo sean derechos de todas las personas y pueblos!. Con tu voz, la difusión solidaria de este mensaje llegará a oídos de quienes tienen capacidad para tomar decisiones. Tu destino, el mío y el del resto de seres humanos van de la mano. Con tu puedo y con mi quiero... ¿vamos juntos?.

Imanol Azanza Urrutia
fundación TAU fundazioa

En la distancia de la cercanía

Parece que fue ayer cuando nos pusimos en ruta Ana y yo. Como colaboradoras de TAU, y con un amplio bagaje de ilusiones y material dental, con curiosidad por las personas y el lugar a conocer, después del largo viaje al fin llegamos a Trinidad capital del Departamento del Beni en Bolivia. Nos pusimos en camino aprovechando parte de los días de nuestras vacaciones de verano, para compartir y ayudar, en lo posible, en el trabajo cotidiano con los chicos y chicas del internado "Kateri", lejos de la ciudad y al que solamente se puede llegar por vía fluvial en esta zona amazónica.

En estrecha coordinación previa con las Hermanas de la Caridad responsables del centro, preparamos todo para poder desarrollar el tratamiento odontológico a muchachos y muchachas entre los 6 y 27 años. En dos semanas escasas atendimos a 119 personas, a las cuales se les realizaron 87 profilaxis, 77 extracciones, 23 obturaciones provisionales, 4 revisiones y 10 tratamientos médicos.

Pero más que datos o números lo que yo quiero expresar con esta carta, en la distancia de la cercanía, para todos vosotros/as con quienes estuvimos es lo siguiente: Han pasado ya unos cuantos de nuestra estancia entre vosotros, en esa tierra hermosa y virgen, pero no me resisto a escribir y compartir con estas pequeñas reflexiones de mi corta pero enriquecedora estancia entre vosotros.

Cierto que ha sido una estancia breve, que me ha aportado mucho en todos los aspectos, pero sobretodo en lo personal, me ha hecho reflexionar como es nuestra vida en este "mundo desarrollado" donde lo más importante es "tener" y no "ser".

También me habéis hecho ver como la mayoría de las veces vivimos en la ' opulencia de lo innecesario ', convirtiendo en necesarias cosas sin las que perfectamente podríamos vivir.

Así mismo me he dado cuenta de la hipocresía que hay en esta sociedad que nos ha tocado vivir, todos queremos aparentar lo que no somos, lo que no tenemos, para no ser menos que nuestro vecino.

Por ello después de conocerlos, en primer lugar, os quiero dar las gracias por:

- Vuestra acogida, sincera, afectuosa y llena de ilusión.
- Vuestra sonrisa, a pesar de las carencias a las que os veis abocados.
- Vuestra solidaridad, pues sois capaces de compartir lo poco que tenéis sin pedir nada a cambio.
- Vuestra conformidad, que no pasotismo, ante la situación en la que os encontráis.

También quiero pedirlos perdón, disculpas por:

- Nuestra arrogancia, ya que vamos por la vida como si fuéramos el ombligo del mundo; lo nuestro es lo mejor, es lo que vale. Tenéis que ser "como nosotros".
- Nuestra prepotencia, estamos en posesión de la verdad absoluta, lo que hacemos es por vuestro bien. IMITARNOS y os irá mucho mejor.
- Nuestra falta de solidaridad con todos vosotros, cuando somos los causantes de vuestra situación.
- Por pedirlos que luchéis para cambiar, cuando tendríamos que ser nosotros el motor del cambio.
- Por invadir vuestra tierra y obligaros a cambiar, cambiando vuestra cultura.

Ahora nos metemos de lleno ¿o nos dejamos meter? en una dinámica de consumo y sonrisas fáciles con la disculpa de las fiestas de Navidad, por eso en estos momentos tiene más fuerza la experiencia vivida junto a vosotros y os hacéis más presentes, a pesar de la distancia kilométrica. Que sepáis que vamos por el mismo río, el de la solidaridad; y que entre todos “otro mundo será posible”.

Por último deseamos que sigáis así y que cada día sea una luz que brille en el camino y nos guíe en el desarrollo del bienestar social de la humanidad. Vosotros sois el nacimiento de una renovada esperanza

Espero que podamos volver a vernos pronto, recibid un fuerte abrazo.

Rita Arregui Lasarte

LAS SOMBRAS DE UNA SOLIDARIDAD INDOLORA

Si acudo a la expresión *solidaridad indolora* utilizada por el filósofo francés Gilles Lipovetski en su magnífica obra *El crepúsculo del deber* es porque estoy cada vez más convencido de que nos estamos deslizando peligrosamente hacia una solidaridad cada vez más superficial y un tanto frívola, donde lo que acaba primando al final es la aportación meramente económica con cargo a nuestra tarjeta de crédito en lugar de la asunción de un compromiso personal por un mundo más justo y más humano que nos haga poner en cuestión nuestras opciones y actitudes vitales. En determinados momentos del año, sobre todo en la época navideña que ya se acerca, nos encontramos ante toda una avalancha mediática de anuncios y programas televisivos “solidarios” que pretenden recaudar fondos para solucionar determinados problemas que aquejan al denominado Tercer Mundo. Aprovechando que la sensibilidad está a flor de piel en esas fechas, nos inundan con mensajes muy simplistas y reduccionistas en los que todo se concreta en aportar una cantidad de dinero en una cuenta bancaria en beneficio de una determinada ONG, sin ningún otro tipo de implicación personal o colectiva. Este tipo de publicidad trata de apelar a nuestros instintos más básicos y a nuestra buena conciencia consiguiendo respuestas rápidas (cuanto más jugosas económicamente, mejor) ante imágenes y mensajes muy impactantes. Las emisiones más exitosas tradicionalmente han sido las dedicadas a conseguir el apadrinamiento de niños del Tercer Mundo, ya que los niños y niñas cotizan al alza en el mercado de la solidaridad. Para muchos de los que llevamos años trabajando con organizaciones sociales de diversos países, este tipo de presencia mediática nos produce malestar y preocupación, a pesar del éxito recaudatorio y de su innegable proyección pública, o precisamente por ésta última. Se utiliza la buena voluntad y el deseo sincero de hacer algo para impulsar mecanismos que ocultan el contexto social en el que viven las personas y privatizan la solución de los problemas hasta hacer de ellos una cuestión “personal”, como si se tratara de una catástrofe aleatoria, sin responsables. Este tipo de publicidad nos pide que nos encarguemos de una persona o de un proyecto concreto mientras nos libera de otro tipo de responsabilidades que pedirían cambios en nuestras opciones políticas y de consumo. No es extraño que este tipo de iniciativas cuenten con el beneplácito de grupos poderosos que ofrecen a estas ONGDs espacios en medios de comunicación, apoyan sus campañas, aparecen como compañeros de labor, etc. Se trata de una utilización mutua en donde unos consiguen dinero y otros mejoran su imagen sin ningún coste real para sus intereses, no siempre auténticamente solidarios. En suma, se trata de promover una solidaridad epidérmica y superficial, descontextualizada, y en la que todo se reduce a nuestras aportaciones económicas, sin que se pongan en absoluto en cuestión nuestras actitudes, nuestras opciones y formas de vida, nuestras pautas de consumo... ese *american way of life* al que estamos reduciendo lo que significa el progreso y el desarrollo.

Algo que está quedando cada vez más claro tras la experiencia de las últimas décadas en el ámbito de la cooperación internacional es que el desarrollo no es sólo una cuestión de transferencias económicas a los países del Sur, sino que exige cambios de carácter estructural tanto en el Norte como en el Sur. Por desgracia, mientras los mecanismos tradicionales de cooperación consiguen mejorar la situación de un pequeño porcentaje de la población mundial, en los mismos lugares, en la puerta de al lado, las dinámicas sociales a las que no se hace frente generan nuevos excluidos en una proporción mucho mayor. Por todo ello, las ONGDs del Norte tenemos una importante responsabilidad al interior de nuestra sociedad. El actual proceso de creciente

globalización hace que el desarrollo esté cada vez más condicionado por factores externos a los diferentes países y comunidades sobre los que tienen un escaso control. Nuestros gobiernos deben jugar un papel importante en el ámbito internacional para posibilitar medidas políticas y económicas imprescindibles para fomentar el desarrollo. Pero nuestros gobiernos sólo actuarán si sienten que ese es un deseo ciudadano al menos tan fuerte como otros que condicionan el sentido del voto. Por eso es necesario que las ONGDs trabajemos en la formación de una cultura ciudadana que impulse la creación de instituciones que ayuden a la gobernabilidad global. El logro de esa cultura ciudadana verdaderamente solidaria no se crea con mensajes simples que tratan de llegar a la gente de buena voluntad pero que enmascaran tanto las causas de los problemas globales como sus posibles soluciones.

No hay duda de que es necesario que la sociedad apoye de manera más decidida a las ONGDs. Este apoyo incluye la aportación de recursos económicos para que éstas puedan realizar su misión con un grado saludable de autonomía respecto a las instituciones públicas. Sin embargo, los ciudadanos deben tener criterios para saber cuáles merecen la pena ser apoyadas. Éstas no suelen ser aquéllas que tratan sobre todo de causar pena y conmiseración y crear sentimientos de culpabilidad en la ciudadanía, ni las que dicen que con dinero ellas lo solucionan todo. En este sentido, no está de más recordar las lúcidas palabras de Benjamin Franklin: “De aquél que opina que con el dinero puede hacerlo todo, cabe sospechar con fundamento que será capaz de hacer cualquier cosa por dinero”.

Felipe Gómez, Profesor de Derecho Internacional e investigador del Instituto de Derechos Humanos de la Universidad de Deusto. Miembro del Patronato de las Fundación TAU-TAU Fundazioa.

“Levadura en la masa”

La Justicia y la Paz se besan (Salm.85)

Repartidos por toda Europa discretamente, como la levadura que no se ve pero es necesaria, así hay muchos franciscanos comprometidos en la construcción de un mundo más justo, pacífico y humano. Peregrinos de la utopía creen que es posible que la Justicia y la Paz realmente pueden abrazarse y besarse, que -como decía Juan XXIII- es posible empeñarse en el logro de “relaciones de convivencia en la verdad, la justicia, el amor y la libertad”; cada cierto tiempo buscan espacios de encuentro y compartir para seguir con este compromiso decidido, para seguir en “la brecha y con la tarea” conscientes de no estar perdidos o caminar en solitario. Algunas de las cosas que pusieron en común son las que quiero compartir con los lectores de la revista.

En primer lugar piensan que hoy sigue siendo muy necesario este compromiso que tan bien anima, apoya y sostiene el espíritu franciscano; ven que hoy más que nunca se necesitan manos decididas a enarbolar “la rama de olivo” y no las armas, como signo de una apuesta implicativa y constante. La realidad del mundo globalizado les hace ver con claridad las grandes deficiencias estructurales, culturales y de violencia directa en los que nos movemos habitualmente; son conscientes de que ellas se sustentan en esta compleja situación donde unos pocos tienen todo, e incluso les sobra, y otros muchos no tienen nada y mueren de necesidad. Saben que la humanidad está “crucificada” y nadie debe quedarse quieto e insensible; tienen en cuenta que en este “club de ricos” que es Europa hay 60 millones de pobres (con menos de la mitad de la renta “per capita” del país al que pertenecen), que el paro es alto y la mal llamada “flexibilidad laboral” se extiende cada vez más generando situaciones de vida inestable y con pocas perspectivas de futuro. Constatan como la inmigración casi siempre conlleva marginación, desigualdad, injusticia, rechazo y negación de la propia condición humana, cultural y religiosa de las personas. Ven que las mujeres siguen sufriendo discriminación y malos tratos, que los fundamentalismos radicalizan la intolerancia y la negación de los demás considerados distintos, que la ideología neoliberal busca mantener el poder saltando por encima de cualquier referencia de control democrático y ético, que se utiliza lo religioso como legitimación para la confrontación con otras culturas. Les duele “la nueva religión del consumo”, alimentada por la fiebre del tener y poseer, del experimentar constantemente nuevas sensaciones; percibiendo que es, en muchos casos, la única referencia para multitud de personas en nuestra sociedad.

Sin embargo, en este horizonte también perciben la existencia de hombres y mujeres de buena voluntad y junto a ellos es donde se sitúan estos “hermanos menores” intentando “compartir en nuestra carne las ansias y los miedos vividos por nuestros contemporáneos” (OFM Cap.Gral 2003). Quieren “ser pacíficos y modestos, mansos y humildes” pero tremendamente conscientes de que esto hoy significa “sanar heridas, buscar sin tregua, recomponer fracturas, suscitar otra visión de la vida sustentada en la justicia y el amor, en la fuerza liberadora del Evangelio, asumir responsabilidades, posibilitar diálogo, ofrecer alegría y pasión por la vida, generar comunión y solidaridad. Sienten que “el amor de Cristo nos empuja” (2Cor.5,14) a esta locura necesaria.

Entienden que todo esto se ha de traducir en acciones concretas donde la justicia, la libertad y la armonía se abracen sin que sufran detrimento ninguna de ellas. Saben que no es tarea fácil pero esto les anima más para afrontar el reto de pacificar su propio corazón y trabajar por la reconciliación en la historia, le empuja a implicarse en la sensibilización y establecimiento de relaciones exentas de competitividad o violencia, a

cuestionar las estructuras que impiden la justicia y el reparto equitativo de los bienes de la tierra.

Por eso también plantean comenzar por la propia casa desarrollando la distribución solidaria de los recursos económicos que tienen, eliminando las posibles diferencias, de tal modo que “los derechos y la dignidad humana de todos se vean respetados y garantizados”; quieren no acumular e implicarse en la solidaridad y cooperación con quienes menos tienen; se empeñan por ser transparentes en la economía y apostar por la “Economía Solidaria” y sus consecuencias; tratan de apoyar proyectos de “Desarrollo integral” de personas y pueblos, especialmente con los más empobrecidos...

¿No os parecen ilusos, desbordados por un Sueño o Misión imposible? En sus distintas lenguas os responderán que no, pues saben que tienen activo el fuego de la esperanza; que cuando uno se sabe “caminante que hace camino al andar” y no pretende eficacias a corto plazo, las cosas toman cuerpo y se hacen realidad. Una sencilla lucidez ilumina a estos “peregrinos de la utopía” que viven inmersos “en la masa” de esta compleja y diversa realidad europea; callada e imperceptiblemente se empeñan para que se haga posible el beso y el abrazo entre la Justicia, la Paz y la Fraternidad que tanto se necesita en nuestro alrededor. No marchan en solitario, van junto a otras muchas personas que vibran con el mismo espíritu y nos invitan a participar de esta aventura ¿Te animas a ello desde tu vida cotidiana?

Fausto Yudego

Aquel niño sin nombre...

Acabo de regresar de un viaje a El Salvador, pequeño país centroamericano conocido, entre otras cosas, por la guerra que padeció durante una década y que provocó desolación, sufrimiento y muerte a miles de personas. Una guerra en la que, como en todas, hubo niños y niñas-soldado y en la que más de una generación de jóvenes se vio obligada a forzar su proceso de crecimiento y desarrollo personal, dejando por el camino etapas vitales inacabadas.

Hoy ese país, no tiene moneda propia; ahora se llama dólar USA. En él, jóvenes desesperanzados ven como únicas alternativas a las “maras” o bandas, que proliferan pues El Salvador tiene actualmente uno de los mayores índices de delincuencia de América Latina, o la salida del país hacia los Estados Unidos, realizando un viaje clandestino de semanas, incertidumbre y endeudamiento familiar que acaba frecuentemente con su detención y encarcelamiento. Un país, en el que personas cristianas comprometidas se alejan de la iglesia católica afectadas por el “síndrome del queme” y por la indignación que les produce las sólidas alianzas entre sectores eclesiásticos y el poder.

Pero nada de lo relatado hasta el momento me ha sorprendido en este viaje. Ya lo conocía. Hoy mi mente regresa frecuentemente a un lugar que visité y a una imagen que no soporté. El lugar, Tacuba, zona de latifundios cafetaleros en la frontera con Guatemala. La imagen, la agonía de un niño de ocho meses que moría por desnutrición. Para las estadísticas, uno más de esos niños y niñas que mueren por hambre cada tres minutos en el mundo. Para mí, un golpe a la conciencia humana.

Un bebé que, como suele ser habitual entre los hijos de los muy pobres, todavía no tenía nombre. ¿Por qué será que donde hay pobreza extrema a los niños no les ponen nombre hasta que cumplen su primer año de vida? La pregunta da para pensar pero no quiero detenerme ahora en esta cuestión. El caso es que he visto, como nunca antes, las causas profundas que provocaron la muerte de este niño. He descubierto que su muerte comenzó a gestarse mucho antes de su nacimiento.

Hace cuatro años un norteamericano residente en la capital, dueño de la hacienda cafetalera en la que trabajaban sus padres decidió no producir más café. No le compensaba. Los precios del café en el mercado internacional habían bajado y las ganancias no estaban aseguradas. Parece que el público consumidor del “Norte” preferíamos comprar café barato, café de “comercio injusto”. Resultado: cuatro años de penuria para los campesinos indígenas de la zona, varios cientos de familias cuyos únicos ingresos proceden de la producción de café; cuatro años de imaginar cada día, con incalculable angustia, qué dar de comer a sus hijos, y cuatro años, también, de muchos niños y niñas desnutridas que, en Tacuba y en tantos lugares del mundo, no llegaron a tener nombre.

Este año parece que las cosas van a cambiar. El dueño de la hacienda ha decidido volver a cultivar café. Los precios del mercado internacional han subido algo: “¡ahora sí merece la pena producir!”. Los campesinos indígenas están de enhorabuena. Seguro que algunos de sus hijos e hijas, esta vez sí, tendrán suerte y pasarán la prueba de fuego de su primer año de vida. Pero, ¿qué pasará el próximo año?; ¿y al siguiente?...

No puedo dejar de pensar en que algo no va bien en este mundo. Demasiada inequidad, demasiada injusticia, demasiada hipocresía,... El otro día soñé que, tras los funerales del Papa Juan Pablo II y del Príncipe Rainiero de Mónaco, gobernantes de todo el mundo, junto con miles de peregrinos y cadenas de televisión, acudían consternados al funeral de este niño. Casi no había espacio para tanta gente y los medios de comunicación emitían boletines de forma permanente. Todos se comprometieron a cumplir, esta vez sí pero mucho antes de 2015, los acuerdos internacionales sobre desarrollo en el mundo, a reconvertir la industria armamentística en industria para la paz, a cambiar las normas del comercio internacional pero en dirección a la justicia, a poner en el centro de la economía al ser humano y no al capital, ... Los padres del niño, sintieron gran consuelo. Luego, desperté....

Desde que volví a mi casa el café de mi desayuno tiene un sabor más amargo. Es una amargura profunda, que no desaparece ni con azúcar ni con edulcorante. Sólo cuando pienso en vosotros: Juan, Lorenza, Rudi, Miguel, Fina, Ulf, Dr.Argón,..., la amargura se suaviza. Os admiro desde hace años por vuestra entrega a la causa de la gente más empobrecida, y os sigo admirando. Sé que Oscar Romero, Ellacuría, Segundo Montes, Begoña (“Alba”), ... y tantas personas que entregaron su vida por la construcción de un mundo más justo, siguen vivas y actúan a través vuestra.

Imanol Azanza Urrutia



“Bitácora de un viaje al Caribe”

Ya de regreso, muchas experiencias en el corazón y muchas impresiones de todo tipo. En el recuerdo sonrisas de niños en medio de la escasez y carencia, junto a la tristeza de quien no tiene lo básico para vivir dignamente. Antes de ir me pregunté, en más de un momento, si debía hacer este viaje aun disponiendo de tiempo como persona jubilada que soy. Ya en ruta no me quedó duda del valor y sentido de esta aventura. Como miembro del Patronato de TAUfundazioa me ayudaba a conocer más de cerca la realidad del Sur, dónde viven personas franciscanas comprometidas en el trabajo de apoyo para un mundo mejor, con las que queremos colaborar estrechamente y activar una solidaridad de cooperación transformadora.

Los objetivos, para esos quince días, eran sencillos: acercarnos a los lugares donde están presentes nuestros hermanos franciscanos de Cuba y República Dominicana y conocer más de cerca su realidad. Compartir la andadura hecha hasta ahora como organización y realizar una visita fraterna para estrechar vínculos. No iba sola, pues me acompañaba el Hno. Fausto que también forma parte del equipo dinamizador de TAU; juntos fuimos peregrinos en el húmedo y caluroso Caribe durante los primeros quince días de Pascua.

La acogida en todas las Comunidades fue inmejorable. En Cuba disfrutamos con todos los hermanos de las tres comunidades que existen, pudiendo compartir su encuentro de tres días de descanso que comenzaron a tener en común el año pasado y que, por segunda vez, de nuevo celebraban juntos este año.

Hablamos mucho, teniendo tiempo para hablar de todo en general; de su realidad, de la vida en la isla, del sistema social, de sus esperanzas y las nuestras... Encontramos Hnos. con ilusiones rotas por los esfuerzos imposibles dada la situación que vive el país, pero también hay quien no ha perdido su inocencia todavía y sueña con dar lo mejor de sí en aras de ese pueblo que tanto necesita. Tuvimos la dicha de conocer a un Hno. de otra Congregación que a pesar de todas las trabas con las que se encuentran cotidianamente, ha jugado con estrategias más o menos zigzagueantes para dar su apoyo a los más necesitados. Ver su trabajo nos abrió una ventana a la esperanza. Parece que algo es posible en medio de la complejidad cotidiana donde el objetivo principal es “buscarse la vida” para subsistir.

El tiempo pasa rápido y teníamos que ponernos de nuevo en ruta, con la sensación de objetivo cumplido en la medida de lo que permite una semana; con el corazón un poco encogido y lleno de incógnitas saltamos a la República Dominicana que era nuestra siguiente etapa.

Bonao fue nuestra primera residencia. Cada Hno. de la Comunidad pudo enseñarnos su marco de actuación, parroquia, trabajo social, de formación, con jóvenes, en el campo... Aquí la situación es muy distinta, pero con un denominador común: la pobreza, mejor diría yo que la miseria. Es verdad que viven valores humanos que nosotros vamos olvidando, pero la injusticia de esas situaciones grita de forma escandalosa a todo el que quiera abrir un poco los ojos.

Luego fuimos a Sto. Domingo, la capital del país. Allí tuvimos encuentros muy interesantes además de estar con nuestros Hnos. Conocimos y hablamos con gente del

barrio de Villa Duarte (Sto. Domingo) que se esfuerzan e intentan mejorar la situación de su gente tras un conocimiento exhaustivo de su realidad. En el despacho de la Secretaría de la Primera Dama tuvimos conocimiento de un plan de mejora social, puesto en marcha el pasado septiembre (desde el gobierno actual) con las familias más empobrecidas del país, que parecía interesante y sugerente aún en su corta andadura. Otro día un periodista donostiarra nos puso también al día de la situación política actual del país y de los principales macroproyectos.

En resumen, estos quince días han sido cortos pero muy intensos y gozosos. Procuraremos contagiar a nuestro alrededor las impresiones recogidas y buscar la manera de cooperar con ellos desde este Norte en que vivimos.

Y desde aquí querría agradecer nuevamente a todos los Hnos. del Caribe la acogida que nos han dispensado, así como animarles a que sigan trabajando solidariamente. Lo mismo a los Hnos que se preparan para la opción de vida franciscana y que hemos tenido la suerte de conocerles. Decirles que contarán con nuestro apoyo y ayuda en tanto sea posible.

Arantza Arruti

LA AVENTURA DE LA ADOPCION

Cuando recibes la noticia de que no puedes tener hijos por medios naturales, la verdad es que se te viene el mundo encima y te sumes en el desconcierto más absoluto. Tras ese desconcierto inicial en el que parece que no hay salida, desde el principio tuvimos claro que en nuestro caso la adopción era la opción elegida, una posibilidad que, curiosamente, los médicos apenas mencionan como una alternativa factible ante los problemas de infertilidad. Cuando miramos ahora a nuestros dos hijos, Jon e Irene, llegados de Rusia, no podemos sino reafirmarnos y dar las gracias por la decisión que tan acertadamente tomamos en su momento.

En el caso de la adopción se unen dos fortísimos deseos: el deseo de ser padres (alguien se ha referido a los hijos adoptados como “los hijos más deseados”), por un lado, y el deseo, la necesidad más bien, de miles de niños que habitan en los orfanatos de los países empobrecidos (en los países ricos el abandono de niños es cada vez menor) de contar con un hogar donde crecer y desarrollarse. Esta última realidad es la que se debe tener en cuenta, ante todo, a la hora de abordar el fenómeno de la adopción. Y es que el interés superior de un niño o de una niña pasa necesariamente por contar con un entorno familiar, algo que, además de señalarlo distintos estudios psicológicos, hemos constatado con nuestra propia experiencia.

Hace unos años estuvimos en un campo de trabajo organizado por los franciscanos con más de 200 niños en el orfanato Lalah Meriem, en Rabat (Marruecos). Uno de los aspectos que más nos llamó la atención de aquella dura pero enriquecedora experiencia fue ver los ojos tristes y, en ocasiones, ausentes de los niños que crecían en aquella institución, a pesar de contar con sus necesidades básicas cubiertas. Otra imagen que se nos quedó grabada fue que, aunque ni ellos hablaban castellano ni nosotros podíamos expresarnos en árabe, las palabras “mamá” y “papá” siempre estaban dispuestas a salir de sus bocas como si se tratara de algo instintivo, de algo natural. La experiencia traumática del abandono y de crecer sin una referencia familiar es algo que marca profundamente la existencia de los niños institucionalizados. Por lo tanto, incluso teniendo en cuenta una perspectiva solidaria, la adopción tiene que ser una de las opciones que barajemos cuando nos planteemos la posibilidad de ampliar nuestra familia. Nos hacemos un favor y les hacemos un favor.

De todas formas, una verdadera solidaridad requeriría acabar con las condiciones sociales y económicas que empujan a una familia, normalmente una madre sola, a tener que abandonar a un niño (tiene que ser una decisión tremendamente dolorosa que seguro que nadie toma a la ligera), y no fiar su suerte a que haya una pareja con deseos de adoptar.

Las penurias burocráticas por las que hay que pasar para que finalmente cuaje una adopción se olvidan por completo cuando tienes al bebé frente a ti. Es una experiencia inolvidable y que nos acompañará el resto de nuestros días, aunque no haya por medio ni hospital, ni contracciones, ni sala de espera, ni corte del cordón umbilical... No sabemos qué se siente cuando se da a luz en un hospital, pero sí sabemos lo que nosotros sentimos cuando vimos a Jon y a Irene por primera vez, y sospechamos que tiene que ser algo muy parecido. Es una experiencia que no cambiamos por ninguna otra y de la que guardamos recuerdos imborrables: el invierno ruso a 30° bajo cero, un viaje en tren de 16 horas al que al final nos acabamos acostumbrando, el conocer un país muy distinto al que nos habíamos imaginado y del que guardamos un grato recuerdo que trataremos de transmitir a nuestros hijos... En fin, una aventura que, en nuestro caso, tuvo un final feliz.

María Andrea Garrido y Felipe Gómez

Otro Mundo es Posible

Tradicionalmente, los cristianos tanto a nivel individual como institucional hemos procurado ser solidarios con lo más necesitados. Cuando todavía no habían comenzado los Estados Occidentales ha desarrollar sus herramientas y políticas de Bienestar la Iglesia era una institución precursora en la atención de los más pobres a través de instituciones caritativas que desarrollaban una solidaridad compasiva y asistencial.

Igualmente, los misioneros han desarrollado desde hace muchos años una importante labor solidaria con los pueblos más empobrecidos del Sur sin desligarla en muchos casos de la misión evangelizadora y pastoral que ha movido sus vocaciones.

Pero también los cristianos hemos desarrollado desde mediados del siglo XX otro tipo de Solidaridad basada en otras inspiraciones y valores doctrinales. Es el caso de la *Doctrina Social de la Iglesia* impulsada principalmente por *Juan XXIII*. El fundamento en este caso de nuestra labor cristiana no será únicamente asistencial o promocional sino de cambio de las estructuras sociales y globales. Se nos invita a trabajar por el logro de una convivencia universal de los pueblos a través del reconocimiento de los derechos humanos individuales, la libertad, el amor y la justicia global.

Con referentes como este u otros de inspiración no cristiana la humanidad ha logrado en estos últimos años importantes avances en materia de reconocimiento de los Derechos Humanos o de creación de Instituciones supranacionales como la *Organización de Naciones Unidas* (ONU).

Sin embargo, a finales del siglo pasado, las nuevas tecnologías han creado la infraestructura necesaria para generar otro período de dominación capitalista que suele ser denominado con el término “*globalización neoliberal*” y que sigue manteniendo una estructura global de dominación y explotación de unos pocos países sobre la mayoría. Este sistema es vendido además como el único sistema actual válido, el menos malo para la humanidad. Pero en realidad ésta globalización pone en el centro de su acción el dinero y se olvida de las personas, lo que conlleva a una progresiva deshumanización de las sociedades.

Paradójicamente, esas tecnologías han hecho posible nuevos sistemas de comunicación entre actores sociales internacionales que se oponen a este proceso de globalización económica, son los movimientos denominados antiglobalización que a través no sólo de sus luchas y reivindicaciones sino también de la definición de alternativas concretas al modelo imperante, tratan de globalizar la justicia y creen que otro mundo es posible.

En este contexto social los contenidos de la *Doctrina Social de la Iglesia* siguen teniendo gran vigencia y sobre todo la voz del Evangelio de Jesús tendrá mucho que decirnos, deberá ser un referente vivo y visible para evitar que la humanidad sea la víctima de un pensamiento único elaborado a partir de la ideología neoliberal.

Precisamente, los cristianos tenemos la responsabilidad de hacer llegar la voz de Jesús y por lo tanto la de los más empobrecidos y excluidos al ámbito de las luchas y decisiones globales. Necesitamos unir fuerzas, trabajar y reivindicar junto a otros muchos movimientos sociales, culturales, religiosos... la necesidad de una ecojusticia económica global. Por ello, muchas ONGs y movimientos de origen cristiano participan en los

movimientos antiglobalización y los “*Foros Sociales*” donde se han ido desarrollando sus reivindicaciones y planteamientos alternativos al modelo económico unilateral que plantean el *Banco Mundial*, el *Foro Monetario Internacional.*, la *Organización Mundial del Comercio*, el *G-8* y otros.

Por tanto, no olvidemos que la solidaridad que ejercemos como cristianos debe ser también una Solidaridad estructural que luche no solo contra las consecuencias sino para abolir las causas de la pobreza; denunciando y anunciando con palabras y hechos que OTRO MUNDO ES POSIBLE.

El último *Foro Social Mundial realizado en Porto Alegre en enero del 2005*, se han planteado doce propuestas para luchar por ese mundo diferente. Son acciones que buscan concretar el camino a recorrer para la transformación global, detrás de ellas están multitud de personas y grupos que no quieren resignarse a que las cosas sigan como están actualmente.

Los planteamientos son claros y rotundos, como se puede ver:

A) Otro mundo posible debe respetar el derecho a la vida de todos los seres humanos, mediante nuevas reglas económicas. Por lo tanto es necesario:

1. Anular la deuda externa de los países del Sur.
2. Aplicar tasas internacionales a las transacciones financieras realizadas en la venta de armas, actividades contaminantes...
3. Desmantelar progresivamente todas las formas de paraísos fiscales, jurídicos y bancarios.
4. Cada habitante del Planeta debe tener derecho al empleo, a la protección social y la jubilación
5. Promover el comercio justo.
6. Garantizar el derecho a la soberanía y seguridad alimentaria de todos los pueblos
7. Prohibir las patentes del conocimiento y de los seres vivos.

B) Otro mundo Posible debe alentar la vida en común en paz y con justicia, a escala de toda la humanidad. Por lo tanto,, es necesario:

8. Luchar por políticas públicas contra la discriminación, sexismo, xenofobia y racismo.
9. Tomar medidas urgentes para evitar la destrucción del medio ambiente .
10. Exigir el desmantelamiento de las bases militares extranjeras.

C) Otro Mundo Posible debe promover la democracia desde el plano vecinal al planetario. Por lo tanto es necesario:

11. Garantizar el derecho a la información de los ciudadanos.
12. Reforzar y democratizar en profundidad las organizaciones internacionales, entre ellas la ONU.

Nosotros también compartimos este sueño y queremos comprometernos en su logro, animados por su empuje y el espíritu franciscano. Así que ya sabes... podemos caminar juntos con “tu quiero y con la suma de tantos puedo” que se mueve en el mundo.

Iñigo Odriozola

La cárcel: Realidad desconocida y olvidada

Sugiero que el más triste de los presos
tenga derecho a sábanas de seda...
Y jugar por jugar
sin tener que morir o matar, y vivir al revés
que bailar es soñar con los pies.
Hacen falta cosquillas para serios,
pensar despacio para andar deprisa...
(Joaquín Sabina)

En la sociedad actual parece que impera el individualismo, en la que cada uno va a lo suyo sin preocuparse demasiado por los demás, siguiendo el lema de sálvese quién pueda. Con no hacer mal a nadie es suficiente. Además el trajín del día a día nos hace insensibles hacia el otro, especialmente a los necesitados, los excluidos de la sociedad. Estos se hacen invisibles a nuestra mirada. Es como si no existieran.

Pero si hay algunos olvidados y marginados por la sociedad, esos son los presos. Personas que han cometido algún delito y han sido sacados de la sociedad para que no molesten más. Así, los metemos en la cárcel y los dejamos allí una temporada y nos olvidamos de ellos. No son más que una carga para la sociedad y por lo menos hasta que salgan de la cárcel no nos causaran problemas.

Una vez en la cárcel, la vida se para, el tiempo pasa lentamente y se impone la monotonía. Es una rutina que va minando al individuo, donde no hay resquicios para la esperanza de una nueva vida. Además, el preso es habitualmente sometido a medidas represivas y punitivas basado en el principio de *el que la hace la paga*, medidas inadecuados para la recuperación de la persona y su reinserción en la sociedad.

En este contexto, quienes visitamos las cárceles, vemos la necesidad de poner medios para ayudar en el crecimiento como persona de los presos, mediante la acogida, la escucha, el acompañamiento y promoviendo la integración de estos en la sociedad.

Pero la reinserción a su vez implica el riesgo de que el que ha estado en la cárcel pueda reincidir. La sociedad no parece estar dispuesta a darles una segunda oportunidad, a arriesgarse a que la persona ex-presidiaria pueda volver a delinquir, alegando las cifras de los que han cometido algún delito después de salir de la cárcel. Pero no se hace mención de las muchas personas que al salir de la cárcel no cometen más delitos. Esas no cuentan.

Por otra parte, el éxito de la vida en libertad para una persona que haya estado presa tiene mucho que ver con el apoyo que recibe tanto en la cárcel como fuera de ella. No hay trucos. La reinserción de las personas presas es responsabilidad de todos. No vale echar balones fuera. Depende de ti y de mi.

Por ello hay que apostar por las personas, ofreciéndoles otra oportunidad, sin asustarnos por el riesgo de la reincidencia. Dándoles el afecto que se les ha negado, educándoles en el amor, acompañándoles en el difícil camino de la integración y facilitándoles la relación con los demás y como no con Jesús, que es el la luz que nos guía. Esa es la labor de toda la sociedad y especialmente de la Comunidad Cristiana que busca ser solidaria sin exclusiones.

Si apostamos en la ruleta de la cárcel, podemos ganar un gran premio, el de tener a una persona libre de nuevo y para siempre.

¿Apostamos por las personas y jugamos solidariamente con los ninguneados y excluidos socialmente en nuestra sociedad?

Mikel Urdangarin

La Misión de las ONG: ¿regalar pescado?; ¿enseñar a pescar?; ...

El conocido refrán *“es mejor enseñar a pescar que regalar pescado”* refleja con gran claridad dos de los modelos existentes en la actualidad en el modo de ver y practicar la Solidaridad y la Cooperación con el Tercer Mundo.

Existen ONG que se dedican a **“regalar pescado”**. Es decir, ONG que entienden que lo que necesitan las personas que se benefician de sus actuaciones es ayuda humanitaria, generalmente en forma de donaciones materiales (medicinas, alimentos, vestidos, cuadernos y libros, ...). En general, este modelo es el que ha prevalecido en el modelo de Cooperación al Desarrollo durante varias décadas. Las críticas que se le suele hacer son que: pocas veces contempla cuáles son las necesidades reales de la población; la ayuda no tiene en cuenta sus características culturales e idiosincrasia; genera dependencia y es paternalista. El hecho de ser una ayuda, en muchas ocasiones, puntual y en la que no participa activamente la población, se ha constatado a medio y largo plazo como ineficaz, pues no aborda las causas profundas de la pobreza y el subdesarrollo. La Iglesia, desde una visión caritativa y compasiva, ha desarrollado tradicionalmente este modelo. Para algunos, hoy en día, sólo algunas situaciones extremas (guerras, hambrunas, catástrofes...) podrían justificar este tipo de actuaciones.

Otras ONG han optado por **“enseñar a pescar”**. El punto de partida es: hay personas que padecen importantes carencias (enseñanza, salud, trabajo, exclusión social...); no es suficiente con dar ayuda puntual, y lo que hace falta realmente es promocionar a estas personas, formarlas y cultivarlas para que en el futuro sean autónomas. Este modelo puede ser también muy controvertido pues se pueden dar situaciones de dependencia, de relaciones verticales de dominio: *“nosotros –los del Norte- somos los que os venimos a enseñar”, “vosotros –los del Sur- no sabéis”*, como de hecho se dan. En ocasiones, no se cuenta con su opinión y “su saber” (todas las personas y pueblos lo tienen) y la pretendida “promoción” puede encubrir formas sutiles de dependencia y asistencialismo: *“siempre hay cosas que les podemos enseñar”*. La promoción que no tiene fecha de finalización no es auténtica. Este modelo, también sigue estando vigente en el espíritu de muchas ONG, algunas de ellas religiosas.

Pero, en los últimos años, se está potenciando un tercer modelo dentro del ámbito de la Solidaridad y la Cooperación al Desarrollo. Es un modelo, que a diferencia de los dos anteriores, nace en el Sur y desde el Sur y reclama, paradójicamente, que se produzcan en el Norte y no en el Sur los cambios necesarios para salir de la pobreza y el subdesarrollo. No piden que les “regalemos pescado”, pues en el Sur también hay peces. Tampoco piden que les “enseñemos a pescar”, pues ya conocen cómo hacerlo. Lo que piden al Norte, es **“que les compremos su pescado a un precio justo”**.

Esta demanda, aporta un punto de vista radical y cualitativamente distinto al análisis de las estrategias para luchar contra la pobreza y el subdesarrollo en el mundo. También constituye un punto de inflexión para las ONG en el enfoque de su papel para alcanzar dichas metas. Las Naciones Unidas han acogido esta demanda dentro de la estrategia conocida como los **“Objetivos de Desarrollo del Milenio-ODM”**. En ella, se reclama la urgente necesidad de modificar las normas del comercio internacional para que se permita la entrada de los productos del Sur en los mercados del Norte en condiciones justas (ODM nº 8). Las campañas y esfuerzos de muchas ONG en promocionar los productos de Comercio Justo entre los consumidores y consumidoras del Norte son una valiosa aportación para la concienciación social, pero no es suficiente. Es evidente que las políticas económicas y comerciales que afectan al Sur se generan en el Norte y, es por ello, que la mayor responsabilidad del cambio recae en los gobiernos de dichos países y en las instituciones internacionales.

Este modelo, también compromete de raíz a las ONG en su conjunto. La reivindicación anterior debe tener eco y materializarse en la forma de ver y hacer de dichas organizaciones. La

promoción de la **conciencia social** y la **incidencia política**, deben incluirse en la misión y acción de las ONG. En Fundación TAU fundazioa, no queremos olvidar esta cuestión.

De poco sirve regalar pescado y enseñar a pescar, si cuando tienen peces y han aprendido a pescar, no les compramos su pescado a un precio justo.

Imanol Azanza Urrutia
Fundación TAU fundazioa